

Mi vocación literaria nació temprano...

Guillermo Sánchez Borbón

Días atrás, cumplí 89 años. ¡Santo Dios!: me parece que, ayer no más, me felicitaron por haber arribado a la respetable edad de cinco años. Después vinieron los de mi infancia, que pasaron con desesperante lentitud. A los 20 aceleraron su paso y, cuando acordé, tenía 30. Cada década transcurría a mayor velocidad.

Hospitalizado por un accidente cerebro vascular, celebré los 80. Mi memoria dejó de ser el hospitalario instrumento de precisión que había sido. Décadas de mi vida se hicieron más borrosas. Una vez, conversando conmigo, a Chuchú Martínez se le ocurrió que “cuando envejecemos, nos queda menos vida, no solo porque la muerte se acerca inexorablemente, sino porque olvidamos la mayor parte de lo que ya vivimos”.

A mi memoria volvieron un día versos que en otro tiempo admiré y que ahora me agredían como si hubieran sido escritos para recordarme las sombras que me aguardaban. Los que cito a continuación fueron escritos (o traducidos al español) por mi admirado Don Francisco de Quevedo:

“Vencida por la edad sentí mi espada, y no hallé cosa en qué poner los ojos que no fuese recuerdo de la muerte”.

Es muy curioso: todos los grandes poetas españoles de la Edad de Oro se odiaban a muerte. He leído muchas explicaciones, pero, para mí, la razón es evidente. España tenía muy pocos millones de habitantes y no cabían en su territorio tantos poetas geniales. Las rivalidades eran inevitables. A esto se me opondrá el hecho de que los de la generación del 27 fueron todos amigos. Replicaré que, aunque magníficos poetas, no alcanzaron (salvo dos) la estatura los de la Edad de Oro. Y la población española de 1927 pasaba de los 20 millones de habitantes. Cuando se encontraban, era porque se habían citado para leer sus poemas recién salidos del horno.

Los de la Edad de Oro, en cambio, se amenazaban con los puños en alto. Y al llegar a sus respectivas casas, cada uno escribía un feroz poema contra el otro. Mi memoria conservó algunos de esos insultos rimados:

“¿Sabéis, señora Luisa de Cetina  
quién es el poeta setentón Quevedo?  
Es un frisón que siempre huele a pedo,  
quien por no comer caga la canina”.

Los escritores panameños de mi generación, en cambio, nos llevábamos bien. Tal vez porque no éramos genios, sino modestísimos versificadores. De mí sé decir que aun antes de aprender a leer y escribir, me emocionaba oír a mis padres recitar a los grandes poetas románticos.

Mi vocación literaria nació temprano, parteada por los cuentos extraordinarios que escribía mi hermano José María, quien, todavía adolescente, ya era considerado uno de los grandes cuentistas de Panamá y de Latinoamérica. Mi otro hermano, Rodrigo, que tenía una sólida formación cultural, contribuyó sustancialmente a mi obra, actuando como crítico implacable.

En 1942, a los 18 años, regresé a Costa Rica con el fin de terminar los estudios de secundaria, interrumpidos tras la muerte de mi padre. Pero por la cultura que me había formado en el ínterin, me aburría mortalmente. Además, caí bajo el influjo de Joaquín García Monge, editor de El Repertorio Americano, a la sazón una de las mejores revistas de nuestro idioma. Acicateado por Don Joaco, leí muchísimo. Simultáneamente trabé amistad con Carlos Martínez Rivas, genial poeta nicaragüense de mi edad, quien ya había escrito poemas perfectos.

¿Quiénes más influyeron en mi poesía? Vicente Huidobro, portavoz del Creacionismo, y Pablo Neruda. Curiosamente, estos dos genios se odiaban y no les habría gustado que un poeta bocatoreño mediocre los uniera en su memoria.

También he escrito novelas que han sido juzgadas con benevolencia o, las más de las veces, con feroz dureza. Pero estos son gajes del oficio y nadie tiene derecho a quejarse de lo que opinen otros. Les reitero a todos ustedes mi profunda gratitud.